NO HAY MOTIVOS PARA INCUMPLIR.
(Café de grano).

La luz de la lámpara apenas es suficiente para iluminar el papel amarillento que reposa sobre la caja de madera. Son casi las once de la noche. Santiago está exhausto. Le duelen los brazos y las piernas y una ligera punzada se ensaña contra su cabeza. Ese día, además de limpiar los corrales y ordeñar las vacas, ha molido poco más de media tonelada de rastrojo. Cincuenta pesos y diminutas partículas de paja adheridas a la piel como picaduras de insecto, son todo lo que ha obtenido después de dos horas continuas de molienda. Además de lo avanzado de la hora, es casi imposible bajar hasta el río para bañarse. El frío es insoportable. Aun así, con las manos tullidas, el cuerpo flemático y tembloroso, Santiago se empeña en resolver los problemas matemáticos. Por si fuera poco, también está ese hueco enquistado en su estómago como un tumor maligno. Siempre ha estado ahí, sobre todo desde que se fue su padre. En ocasiones persiste y en otras tantas se vuelve tan tenue como el rocío de la mañana. Es un hueco enorme, profundo, tan profundo como el pozo de agua que hay en el potrero. Santiago siente el movimiento dentro de él, en su vientre: sus intestinos se desplazan de un lado hacia el otro, se deslizan como lombrices inquietas en el terregal de las parcelas. *Equis al cuadrado es igual a tres equis menos diez. Primer paso*, *despejar la ecuación, después…, después…* Santiago lee en voz baja, casi en susurro pues no quiere despertar a don Chilo. Intenta desentrañar las recomendaciones del maestro pero los lamentos del estómago se sobreponen a su razonamiento. Es casi un prodigio cuando logra comer tres veces al día. Casi siempre lo hace una sola vez, por las mañanas, y, ocasionalmente, un té sin azúcar en las noches, antes de ir a dormir. Santiago tiene catorce años y, como casi todos los niños de su edad, está a punto de terminar la secundaria. Desde luego que él no sabrá de graduaciones pomposas, ni de festejos en casa, con decenas de invitados hambrientos y sedientos. Los demás compañeros de clases, sobre todo las mujeres, fantasean con los regalos que les obsequiarán en ese día, y los invitados que llevaran a sus mesas, y los ramos de flores y sus propios vestidos y… No, Santiago jamás formará parte de esos festines. Él, a lo mucho, aspira a la tarde libre y, quizá, una porción extra de comida.

Paso dos: factorizar…, factorizar… Fac-to-ri-zar.

Cada sílaba golpea como un martillo en su estómago. Hace apenas un año todo era diferente. La muerte de su madre, envuelta en aquella extraña enfermedad que le paralizó todo el cuerpo, fue el inicio de su calvario. Después ocurrió la partida de su padre. Hasta la fecha no sabe nada de él. Desde entonces vive arrejolado en el cuartucho frío y oscuro donde lo dejó su padre a cargo de don Chilo, uno de los empleados de don Matías, el cacique del pueblo.

Luego de varios intentos, Santiago logra encontrar el valor de la *x*. Como un artista que contempla satisfecho la terminación de su obra, observa los garabatos que indican el correcto desarrollo del problema. A pesar de los esfuerzos, representa una proeza para él mantener la concentración. Es casi imposible apartar las miles de teorías que bullen dentro su cabeza en torno al silencio (o desaparición) de su padre: ¿lo habrá abandonado, tal como afirman sus compañeros en la escuela? ¿No tiene el dinero suficiente para llamar por teléfono? Hace ocho meses que se fue para los Estados Unidos y no ha recibido siquiera un recado, ya no se hable de dinero. Santiago no quiere pensar en la posibilidad más palpable, la que todos en el pueblo sospechan. Incluso él, en sus cavilaciones más tormentosas, sabe que jamás lo volverá a ver. Don Chilo tampoco acepta la tragedia: *A tu papá no lo levantaron, Santiago*, afirma don Chilo en el fragor de la ordeña, *no te andes creyendo lo que dicen las gentes*. Sin embargo, Santiago sabe que es una probabilidad tan real como el frío que le atenaza los dedos en esos momentos. El camino rumbo al norte, única ruta hacia los Estados Unidos, está infestado por la delincuencia. Los secuestros y levantones son tan frecuentes que la gente ha terminado por aceptarlos como parte de su realidad. Al papá de Fermín lo levantaron en las afueras del pueblo. La próxima semana se cumplen dos años de que encontraron su cuerpo a orillas de la carretera. El propio Fermín es quien más sostiene la teoría: *lo levantaron, Santiago*, le dijo un día al salir de la escuela; *hazte a la idea*. Santiago, desde luego, rechaza tales suposiciones. Para él, su padre sólo ha tenido algún contratiempo, como suelen tener todos los que intentan cruzar la frontera. Los ronquidos de don Chilo espabilan sus cavilaciones. Santiago regresa de nuevo al cuaderno. Con cierto sosiego, aprecia de nuevo las dos ecuaciones ya resueltas. Aún le resta el cuestionario de Historia y la lectura de tres cuartillas de *Lazarillo de Tormes*, con su respectivo resumen.

—¿Para qué estudias, muchacho? —dice Don Chilo desde el fondo de sus cobijas— ¿No ves la hora que es? Ya casi es media noche y...

…Para qué estudias, muchacho, para qué estudias si al fin de cuentas tu lugar está aquí, en el campo, con el ganado, en estas tierras que jamás serán tuyas pero donde dejarás tu vida como la he dejado yo y todos los que trabajamos aquí.

Santiago escucha, siempre escucha ese discurso como entreverado en su mente; pero él se resiste al destino que, como afirma don Chilo, lo aguarda en un futuro cercano. Por eso se obstina en concluir la secundaria, para contar al menos con el consuelo de la esperanza, de saber que existen mundos diferentes allá afuera, lejos de ese pueblo donde nació. *Ya luego Dios dirá*. Santiago mira hacia el rincón donde se encuentra don Chilo enrollado como bulto deforme debajo de sus cobijas andrajosas y malolientes. En cierta medida, siente compasión por él. Para Don Chilo no existe más mundo que el ganado y las tierras. Siempre ha vivido en esa habitación de paredes cuarteadas y quebradizas junto a los corrales de don Matías. El hastío de la rutina le ha demacrado la vida. La amistad entre él y su padre es el único vínculo que los une.

—Mira, muchacho —insiste don Chilo—, apaga esa luz y ya acuéstate, anda, al fin que mañana no llegarán los maestros, de mí te acuerdas.

A pesar del letargo que le produce el cansancio, Santiago abre su libro de lecturas. Está a punto de terminar el tratado segundo, cuando Lazarillo cuenta del hambre que lo agobia al lado del clérigo. Para su fortuna, Santiago no sufre tanto como el niño del libro, sin embargo son muchas las coincidencias que guardan entre ambos. Al igual que Lazarillo, a Santiago también le faltan sus padres. Y como él, Santiago siente que el hambre lo conducirá a la tumba de un momento a otro. ¿Quién habrá escrito ese libro? ¿Lazarillo existió? El maestro afirma que todo es ficticio, que la novela no es más que el producto de la imaginación prolija de un escritor desconocido. Pero Santiago sospecha que Lazarillo existió, que fue tan real como él mismo lo es ahora. ¿Cómo explicar, entonces, tantas coincidencias? Don Chilo irrumpe de nuevo en sus reflexiones; su voz cavernosa y reseca parece surgida de un cementerio:

—Ya duérmete, muchacho; apaga esa luz y vete a acostar.

Santiago se apresura a escribir la media cuartilla requerida. No quiere impacientar a don Chilo, que al fin de cuentas él no tiene la culpa de sus pretensiones. A pesar de que el

maestro no leerá su trabajo —jamás revisa a conciencia las tareas, sólo estampa su firma imprecisa sobre los cuadernos—, Santiago se esmera en hacer una redacción decorosa. ¿Dónde estará su padre ahora? ¿Estará en medio del desierto, esperando el momento oportuno para cruzar la frontera? O muerto… ¿Será que está muerto también como el papá de Lazarillo? Quizá sus restos ya formen parte del gran desierto, o de las profundidades del río, o… ¡No! ¡Dios mío! ¡No, por favor!

—¡Dios! ¡Dios!

—¡Despierta, Santiago! ¡Muchacho! —dice don Chilo. Con una mano sacude a Santiago y con la otra sostiene un cigarro— Despierta, carajo. ¿Ya ves? —ríe— ¿Te das cuenta? Se te va a botar un tornillo con tanto estudio.

Santiago ve la luz que entra por las rendijas de la puerta. Le tiemblan las manos y las piernas y un delgado sudor le escurre por la frente. *¡El cuestionario de historia!* Por la claridad que inunda el cuartucho, infiere que deben ser casi las siete de la mañana. Tiene escasos minutos para ponerse el uniforme y mojarse la cara y el pelo. ¿En qué momento se dejó vencer por el cansancio? ¿Por qué tuvo que dormirse antes de terminar la tarea? ¿Por qué, si lo acosaba la fatiga, no hizo lo que hacen sus compañeros, es decir, transcribir dos o tres párrafos sin leerlos siquiera, a fin de esquivar las represalias del maestro? Santiago siente la culpa del remordimiento mientras, como un ladrón sorprendido en el acto, emprende la carrera. Ocho kilómetros lo separan de la escuela; ocho kilómetros de caminos escabrosos por cerros y colinas, con el peso de la incertidumbre como un trozo de metal oxidado sobre sus espaldas. Además, por si fuera poco, las nubes están preñadas de agua; el diluvio latente amenaza con desbordar en cualquier momento. Santiago llegará tan cansado a la escuela como todos los días; tan hambriento como siempre; con las dudas de siempre. Ahora, sin embargo, Santiago es consciente de los insultos y los gritos que le aguardan. El maestro, incansable, reprochará con ahínco su falta de empeño; para él no hay motivos para incumplir. El castigo, por lo tanto, es inminente. Santiago será el único, quizá, que no entregará completa su tarea.